

LA ENTREGA

Vivir hacia el prójimo

En 1923 el escritor sionista Martin Buber publicaba 'Yo y tú', que ahora ha editado en España Herder, igual que hace tiempo su biografía a cargo de Diego Sánchez Meca, puerta de entrada perfecta para adentrarse en un razonamiento original en extremo. Es su obra más conocida, crucial en cuanto, como señala con precisión la contraportada dio un giro filosófico copernicano, del pensamiento monológico al dialógico: «cada uno es quien es en su relación con el otro». Según Buber la entrega, sin mediación, al otro («quien dice Tú no tiene algo por objeto [...] sino nada. Pero se sitúa en la relación») es lo que constituye al ser humano, que no al mundo espacio-temporal, que se sustenta en la economía y el Estado, agentes del aprovechamiento y del poder respectivamente, y se caracteriza por el «amontonamiento de información» —ay si viviera hoy, no daría crédito—, al que denomina Ello. Ese Tú, principio decisivo de relación, que es de reciprocidad e inmediatez y nunca parcial, se juega a todo o nada y se dirime en tres esferas: con las criaturas y la naturaleza, con el hombre y con los seres espirituales: «cada Tú singular es una mirada hacia el Tú eterno».

El libro de Buber, dividido en tres partes y un epílogo que aclara algunas cuestiones, escrito treinta y cuatro años después ya en Jerusalén, es, por tanto, plasmación de las actitudes y de los arcanos de la especie y del individuo, de su espíritu, que debería ser el nuestro. Además, tiende los primeros puentes entre el judaísmo y el cristianismo, por los que luego transitó Lévinas, entre otros. Pero simplemente su

UN
ÁNGULO
ME BASTA

FERMÍN
HERRERO



Tolentino pone el foco en aquellos sentires de los que nuestra sociedad se suele desentender

En 'Resucitar' el trasfondo es elegiaco, pero predomina el tono celebrativo

singular deslinde de los nombres de Dios, entre el afuera de las 'instituciones' y el adentro de las 'emociones' o del 'repliegue sobre sí' y las soledades, su acercamiento a la contemplación lírica de un árbol, que no es sino elevación de conciencia, o el análisis del funcionamiento de los partidos o la administración, de la vida pública en general, que no ha perdido en absoluto vigencia, justificaría el renombre del ensayo. Claro que de llevarse a cabo lo que postula Buber se liquidaría el orden social y la tiranía del Ello mediante el incremento constante de la expansión capitalista y del progreso deshumanizador.

Una de las pequeñas grandes historias jasidistas en forma de parábola de Buber se cita en 'Pequeña teología de la lentitud' (Fragmenta) de José Tolentino Mendonça, que toma como punto de partida, acudiendo al título homónimo de Milan Kundera, la lentitud del título en cuanto antídoto del avasallamiento, la prisa, el ajetreo, la continua interconexión, el agobio y el estrés competitivo, laboral y vital, imperantes y como condición sine qua non para que afloren los sentimientos que va desgranando en capítulos concisos, muy bien sintetizados y con una trabazón espléndida. Así se acerca a lo que denomina distintas 'artes': desde la gratitud a la ignorancia, pasando por la perseverancia, la contemplación, la paciencia, la espera, la alegría o la felicidad. Como se ve, pone el foco en aquellos sentires de los que nuestra sociedad urgente y empantallada se suele desentender, cada vez más en desuso, tirados por la borda de la modernidad y el progreso, casi abolidos, arrumbados por la efica-

cia, el utilitarismo, el éxito, el consumismo o el bienestar.

Lejos de la simplificación nociva de las recetas de los libros de autoayuda y por encima de los principios encauzados a lo sociopolítico del 'slow movement', en relación con los demás, en la línea Buber-Rosenzweig-Lévinas, para intentar vencer el peligro constante de deshumanización y frente a la envidia o el resentimiento, subraya la necesidad de ser compasivo y de donar, como acicate de transformación íntima, del cuidado, especialmente hacia los más débiles, de la generosidad, de la atención como forma de neutralizar la inmediatez, lo banal, lo mecánico y la velocidad que «nos impide vivir» y del agradecimiento, aun de aquello que no nos ha sido concedido. Al cabo todos somos «la obra de los otros» y «la vida únicamente alcanza su sentido en el acto de compartir y de darse».

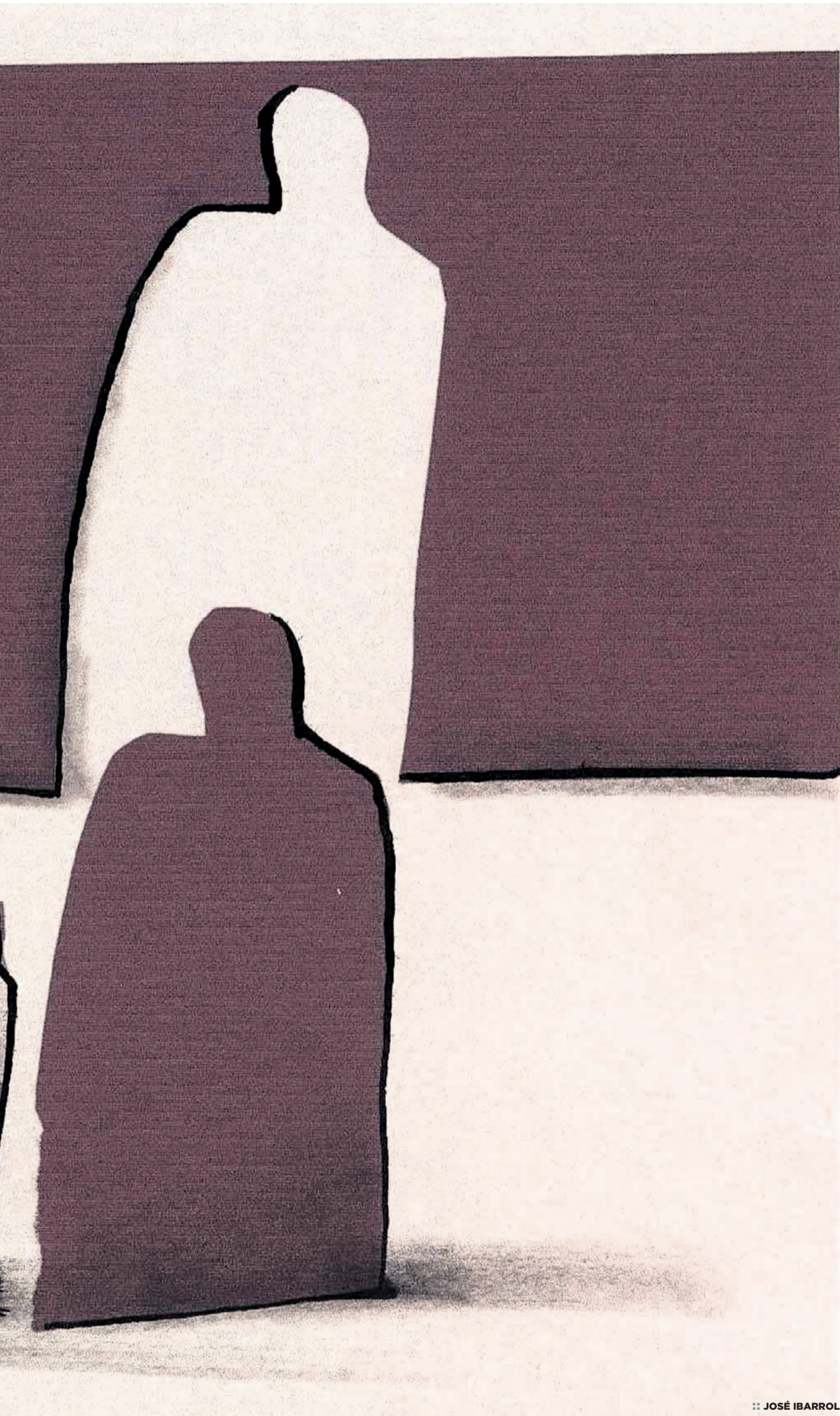
Con frecuencia a modo de coda o corolario de los capítulos, va punteando sus apreciaciones y engarzándolas con referencias a Angelus Silesius, Tomás de Aquino, Montaigne, Rilke, Merleau-Ponty, Kierkegaard, Simone Weil, Bernard Shaw, Heidegger, Morin, Munro, Wiesel, el fotógrafo Sebastião Salgado, el artista Joseph Beuys, el cineasta Nani Moretti o el guionista Tonino Guerra. Traídos como al desgaje, sin intención alguna de presumir o abrumar, como dejados caer. Su simple mención enumerativa, en ristra, que me he permitido, amojona una ética insuperable.

En el fondo son los mismos sentimientos a partir de la misma lentitud por la que aboga Tolentino los que sedimentan los parágrafos de 'Resucitar'



(Encuentro) de Christian Babin, autor de medio centenar de títulos y desde hace tiempo en la cuadra Gallimard, al que sin embargo se está publicando en España con cuenta-

gotas y en editoriales magníficas si bien por desgracia minoritarias: 'Las ruinas del cielo' en Sibirana, 'La más que viva' en Canto y Cuento, 'Autorretrato con radiador' y 'Un



:: JOSÉ IBARROLA

simple vestido de fiesta' en la desaparecida y recordada Árdora, y 'El bajísimo', del que dimos cuenta el año pasado aquí, en El Gallo de Oro. Tal vez, según está el ámbito literario pa-

trio y la cultura en general no pueda ser de otra manera, pese a que en Francia cuenta con un nutrido y creciente número de fieles y varias de sus entregas han superado con creces el

cuarto millón de ejemplares vendidos, que se dice pronto. Sobre su persona –apenas ha salido de su natal Le Creusot y su familia son también las flores, los árboles, los pájaros, el

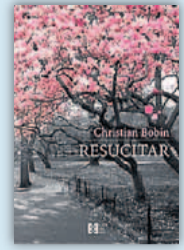
cielo o el sol– más vale no decir nada: «El hombre del que hablan cuando hablan de mis libros no existe».

A semejanza de 'Autorretrato con radiador', casi un diario



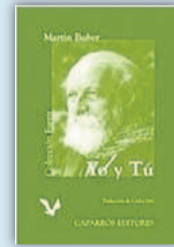
**PEQUEÑA
TEOLOGÍA DE
LA LENTITUD**

José Tolentino Mendonça,
Fragmenta, 78 pp., 9,90 €.



RESUCITAR

Christian Bobin, Encuentro,
174 pp., 13,30 €.



YO Y TÚ

Martin Buber, Herder,
168 pp., 12,90 €.



TE ME MORISTE

Jose Luis Peixoto, Minúscula,
64 pp., 9 €.

de duelo, en 'Resucitar' el trasfondo es elegíaco, pero como en todo lo poco que he leído de Bobin predomina el tono celebrativo, con naturalidad y alegría. Lo de menos es el hilo conductor que tome –la destrucción de Port Royal des Champs en 'Las ruinas del cielo', la vida de Francisco de Asís en 'El bajísimo–, lo sustancial recae en la sutil delicadeza lírica –que al parecer, según el poeta Jesús Montiel, prologuista y traductor, algunos juzgan, de forma hartamente errónea, creo, ñoñería simplista– con la que se acerca a las cosas pequeñas, mínimas, en apariencia sin importancia y en cómo las eleva con una mirada paciente, limpia, de una pureza honda, en absoluto naïf.

Sus párrafos sueltos, pautados al blanco irregular de los espacios, sin epígrafes ni estorbo alguno, respiran en las páginas un silencio sagrado, luminoso, del que extrae y destila apreciaciones insólitas, no por su extrañeza, sino por una sencillez reunida con sosiego, decantada sin prisa, en general tras una demorada contemplación reflexiva. Esta fijación, una epifanía continuada, inaudita en nuestro mundo actual, junto a la manera de mirar reseñada, son los signos distintivos, de partida, de Bobin, lo decisivo en su creación, una literatura distinta, que va, escueta, en estado de gracia, hacia el misterio y las preguntas esenciales del ser humano, sin meterse en dibujos ontológicos, metafísicos o teológicos.

Otra elegía por el padre, casi endecha, más directa, es 'Te me moriste' (Minúscula, en su exquisita y sucinta colección 'Mícras') de otro escritor portugués: José Luis Peixoto. El planto comienza con el regreso, en la camioneta familiar, a la casa fría y solitaria, a la tierra del

progenitor muerto joven, con una variante de aquel memorable poema de Juan Ramón Jiménez, 'El viaje definitivo', que pivota sobre el verso «y se quedarán los pájaros cantando». Y es que en efecto la muerte de quienes amamos no afecta para nada al mundo, que, aun ya vacío para nosotros, en su indiferencia sigue su destino sin inmutarse.

En este texto elegíaco publicado originalmente en el año 2000, que cuenta también con un traductor inmejorable, Antonio Sáez Delgado, el Tú de Buber, siempre amenazado por el agotamiento o la pérdida del amor, es, claro, el padre, de ahí que casi todo el lamento esté escrito en segunda persona. Peixoto, que también es poeta de prestigio, utiliza una prosa poética de mucho calado. De hecho el libro puede considerarse un poema en prosa percutido por un fraseo corto y condensado. Allí, en la casa desnuda por la ausencia paterna, el hijo revive, entre la nostalgia y la melancolía, la memoria del muerto. Los objetos personales abandonados imantan los recuerdos, la enfermedad, el dolor, el momento en que se sabe que lo fatal, que acecha siempre, está ya seguro de su presa y sólo queda consumirse en el hospital. El rescate sólo puede llegar desde la soledad, entre «la sombra y el silencio y la luz delicada».

El segundo tramo de la dolorosa remembranza de Peixoto se inicia con la oración «es tu rostro lo que encuentro». En su tentativa de encontrar un sentido de la existencia hacia lo primordial y el destino divino, Buber decía que «toda vida verdadera es encuentro». Pienso que no deberíamos olvidarlo nunca.